

OLIVARES.

¿Quién duda ahora que no pensarán mis huéspedes que estoy dos dedos de dar cuenta á Dios? Mas ¡con cuánta quietud nos hemos bajado desde el postrero aposento del mesón, que cuando llegué á la puerta me dió un vuelco el corazón, que entendí que estaba la puerta con llave!; pero ya, gracias á Dios, estamos en salvo.

EL OTRO.

Mas, ¿qué dirán del hurto del jarro y taza y vaso? Todo ha de llover sobre el mesonero.

OLIVARES.

¡Lleva sobre el ladrón! Pague algo de cuantos harneros de paja ha vendido á cuatro maravedis. Lo que hemos de hacer es caminar de noche.

EL OTRO.

Vamos de aquí, y este es hurtar, y mi cuerpo á la tierra para donde fué formado. (Váanse.)

Salen tres POBRES.

POBRE PRIMERO.

¡Hola, camaradas! Mucho habemos madrugado á recibir la limosna.

POBRE SEGUNDO.

¿Habéis sabido á cómo cabemos y si la repartirá luego?

POBRE TERCERO.

¡Ah, cómo me pesa que no se halle aquí Salvatierra!

POBRE PRIMERO.

Pues ¿qué?, ¿está preso?

POBRE TERCERO.

Porque se acordó Dios... ¡Ay, que sale gente!

Salen el HUÉSPED y la HUÉSPEDA.

HUÉSPEDA.

Marido, ¿habéis visto cómo han reposado el enfermo y el padre ermitaño?

HUÉSPED.

Buena señal es; pero con todo eso, bien será que veamos el aposento y veamos si es menester algo.

HUÉSPEDA.

No, no, más vale dejallos dormir.

POBRE PRIMERO.

Buenos días tengan, señores.

HUÉSPED.

Mucho habéis madrugado, hermanos.

Entra el DOCTOR.

DOCTOR.

Buenos días tengan. ¿Qué hay? ¿Cómo está nuestro enfermo?

HUÉSPEDA.

En eso estábamos yo y Bozmediano; porque en toda esta noche no ha despertado ni dado ruido y no hemos osado despertalle.

DOCTOR.

Así, pues, buena señal es el haber reposado. Entramos á velle.

HUÉSPEDA.

Vamos. (Váanse.)

Entra el ESCRIBANO.

ESCRIBANO.

¡Oh, hermanos! Estéis en buen hora. ¿Cómo está el enfermo?

POBRE SEGUNDO.

Ahora han entrado el doctor y los huéspedes á ver cómo está.

ESCRIBANO.

Pues esperá, veremos cómo está, que luego se os repartirá el dinero.

Salen los HUÉSPEDES y el DOCTOR.

HUÉSPED.

¡Librado sea yo del diablo! ¡Jesús sea conmigo!

HUÉSPEDA.

¡Ay, desdichada de mí! ¿Qué ha sido esto?

DOCTOR.

¡Jesús, Jesús! ¡No ví tal cosa en mi vida! ¿Hay tal cosa en el mundo?

POBRE PRIMERO.

¿Ya murió? ¡Dios le perdone!

ESCRIBANO.

¿Qué ha sido eso? ¿Murió ya? ¡Dios sea con su ánima!

HUÉSPED.

¡Ay, señor escribano, que no es eso; que el enfermo y el ermitaño eran ladrones y me han robado!

HUÉSPEDA.

¡Ay, señor, que me ahorcaré! Este mal hombre que se creyó de ligero.

POBRE PRIMERO.

Señores míos, pues que ya es muerto, despáchenos, que es tarde.

DOCTOR.

Oyes, hermano, dejá agora eso. Señor Bozmediano, llame á sus mozos que miren toda esa casa, ó si acaso tienen rastro dellos.

HUÉSPED.

Que ya está mirado todo, señor. ¿Oyes, mozo? Getafe: sal aquí, ladrón.

BOBO.

¿Qué me quiere? Murióse el enfermo. ¿Hele de enterrar yo? ¿Téngole de llevar á cuestras?

HUÉSPEDA.

¡Ay de mí! Mira estos cuidados, ladrón, que nos han robado el enfermo y el otro ermitaño.

BOBO.

¡Válame la madre de Dios he Dios, que me

HUÉSPED.

¡Paciencia me dé Dios para sufrir á este mozo!

BOBO.

Callen, ¿de qué se espantan? ¿Ellos no dijeron que este güésped los había de sacar de trato? Hélos aquí sacados de trato, que no les ha dejado con que tratar.

HUÉSPEDA.

Calla, mozo. Marido, vamos, si te parece, y abramos aquellos baúles; quizá valdrá algo lo que tienen dentro.

HUÉSPED.

¿Qué han de tener? ¡Desdichado de mí! Vamos, quizá podrá ser.

(Éntrase y queda el BOBO y sale el BOTICARIO.)

BOTICARIO.

Estéis en buen hora, hermano.

BOBO.

Paso; no deis voces, que hay enfermo.

BOTICARIO.

Ya lo sé, hermano; que yo soy el boticario que envió el jarabe y el vaso, y vengo á ver si ha hecho operación.

BOBO.

Sí, hizo operación manual.

BOTICARIO.

¿Cómo así?

BOBO.

Que le supo tan bien el jarabe, que se bebió vaso y todo.

BOTICARIO.

Pues ¿cómo puede ser eso?

BOBO.

Sepa que esta enfermedad de nueso güésped ha sido pestilencia, que á todos cuantos han tratado con él les ha echado landre.

HUÉSPED.

Estas son las preesas de los baúles. Estas son las calzas de tela.

HUÉSPEDA.

¡En esto hemos echado el caudal! ¡Ay, amarga fuí yo!

BOBO.

Pues venga acá, nosamo. ¿Por esto fué á daros doscientos ducados? Pues aunque lo comprara Adán, que no había vestidos en aquel tiempo, no costara más.

BOTICARIO.

¿Qué ha sido esto, señor Bozmediano?

HUÉSPED.

Hanne robado, señor, cuanto tenía, y el vaso de vino. Entraos allá, traidora, no nos acaben de dejar encueros.

han de dar mis cincuenta ducados! ¿Hanlo enterrado en casa por no darme mi luto? ¡Buena está esa fror!

POBRE SEGUNDO.

Señora, ¿y á cómo cabemos?

HUÉSPEDA.

¡Cabéis... al diablo que os lleve!

ESCRIBANO.

Hermanos, andar con Dios; mirá que está agora el señor güésped muy enojado.

POBRE TERCERO.

Pues, ¿cuándo volveremos?

BOBO.

Cuando rescite el enfermo, que ha ido á casar güérfanas al otro mundo.

HUÉSPEDA.

¡Andá con Dios, hombres de los diablos!

POBRE PRIMERO.

Señor güésped, pues que no lo da de su dinero, no lo endure tanto. (Váanse.)

DOCTOR.

Señor Bozmediano, ya esto es hecho. Las desgracias por los hombres vienen, que no por las piedras. Aquel jarro de plata un día destos me lo pagará vuesa merced.

ESCRIBANO.

Y mi taza también, que á vuesa merced la dí yo, que no al otro.

HUÉSPED.

Ea, señores, aquí me tienen; hagan de mí lo que quisieren. Véndanme.

BOBO.

Y de lo que dieren por él casaremos cadaño cuatro güérfanas.

HUÉSPED.

Déjame, traidor. Basta mi desgracia.

DOCTOR.

Ahora, señor escribano, vamos, que esto saneado está. Mañana volveremos.

ESCRIBANO.

Vamos. (Váanse.)

HUÉSPEDA.

Henos aquí perdidos. ¿Qué hemos de hacer, mal hombre?

BOBO.

Ir á tomar cuenta de las dehesas.

HUÉSPEDA.

Déjanos, mozo; basta nuestra mala ventura.

BOBO.

Calle, que ahora la mercarán un coche. ¿Qué le parece desta ventura?

BOTICARIO.

Pues señor, mi vaso no lo he yo de perder, porque pesaba sesenta reales sin la hechura.

BOBO.

El otro no lo llevó sino por el peso.

BOTICARIO.

Ahora bien; cuando esté más desapasionado, trataremos desto. Quede en buen hora. (Vase.)

HUÉSPED.

¡Miren aquí esta desventura! ¿Qué haré, señores?

BOBO.

Calle, quizá será esta la dehesa de que ha de ir á tomar cuenta. Por eso no lo quiso vender al ermitaño, porque había de perder la mitad en ello.

HUÉSPED.

Déjame, mozo.

BOBO.

La órden del testamento: «Sepan cuantos esta carta de rapamiento vieren, como yo, Luis Fernando de Olivares, estando enfermo de mi cuerpo, pero en mi buen juicio y entendimiento...» Eso juro yo á Dios que le tenía tal como bueno.

HUÉSPED.

¿Quieres que haga un mal hecho, mozo?

BOBO.

No puede ser más malo el que ha hecho. «Primeramente mando mi cuerpo á la tierra, para donde fué formado...» En esto él cumplió su palabra, que va ya calzorreado por ese camino adelante. «Mando á Gómez, mi paje, por la voluntad que le tengo, que se vaya conmigo á mi tierra á comer estos doscientos ducados. Y á mi ama de leche que se torne nazolas.»

Entra el SACRISTÁN.

SACRISTÁN.

Estén vuestras mercedes en buen hora.

HUÉSPED.

¿Qué es lo que manda vuesa merced?

SACRISTÁN.

Señor, fueron á decir á la iglesia que habían oído gritos y ecos en casa de vuesa merced, como que había difunto, y enviéme el señor cura á que sepa si vendrá la parroquia á encomendalle.

HUÉSPED.

Decid, señor, que le encomienden desde allá al diablo.

BOBO.

Decid que le encomienden á Dios que se ponga en cobro, que nos ha robado.

SACRISTÁN.

Señor, como fueron á decir que habían oído llorar...

BOBO.

Pues, señor, no lloramos sino porque no se murió; pero dígale al cura que mi amo es albacea y que allá iremos á hacer el novenario y cabo de año.

SACRISTÁN.

¿De qué, hermano?

BOBO.

De los docientos ducados que nos lleva.

HUÉSPED.

Señor, andá en buen hora; dejanos aquí.

SACRISTÁN.

Yo me voy.

BOBO.

¡La fror del ermitaño! En verdad que lo tomé con escrúpulo, «porque no es decente á mi hábito,» y así lo hizo como buen ermitaño, que para llevar el dinero dejó el avío.

HUÉSPED.

¿Quieres que me ahorque, traidor? ¡No me hagas perder el alma!

BOBO.

Calle, ¿de qué se fatiga? ¡No le queda ahí un testamento que puede leer en él como en un libro de caballerías?

HUÉSPED.

Yo quiero ir á poner algún remedio por justicia.

BOBO.

No se lo aconsejo que se ocupe en eso, que tiene ahora mucho que hacer, especialmente ir á tomar cuentas de la dehesa.

Entran la MADRE y la HIJA.

MADRE.

Esté vuesa merced en buen hora, señor mío. ¿Es vuesa merced el señor albacea?

BOBO.

Sí, mi amo es. ¿Venís por algo de los *itens*?

MADRE.

Llegá, hija mía, y besá la mano de aquel señor, que es el que os ha de poner en estado.

HUÉSPED.

¿Qué decís, señora? ¡Os con Dios; no me vengáis á tentar de paciencia.

MADRE.

Señor mío, pues ha sido Dios servido de encargalle el remedio de las pobres güérfanas desta ciudad, suplico á vuesa merced sea esta niña una de las señaladas deste año, que vuesa merced se puede informar de la honestidad y recogimiento de la muchacha.

BOBO.

¡No os informádes vos primero del recogimiento que hizo el testador, que ni dejó jarro, ni taza, ni vaso que no recogió!

20

## XI. — Entremés de Los Ladrones convertidos.<sup>1</sup>

DE MARTÍN DE SANTANDER, 1599.

INTERLOCUTORES

Cuatro LADRONES y una MUJER.

Salen LADRÓN PRIMERO y LADRÓN SEGUNDO.

LADRÓN PRIMERO.

Caminar, caminar, llegaremos á esta feria, meteremos las manos, y nunca acabamos de llegar.

LADRÓN SEGUNDO.

Sepa vuesa merced que es menester que vamos más adelante.

LADRÓN PRIMERO.

¿Adónde y qué tanto gastaremos? Ahora, porque sepa que soy ladrón de fama, toque esa mano, y los dos mil reales que los manchegos ladrones hurtaron al labrador, si no se los pusiere en la mano, que diga que no soy buen ladrón ni sé hurtar.

LADRÓN SEGUNDO.

¿Así?

LADRÓN PRIMERO.

Sí; vamos.

(Váase y salen el LADRÓN TERCERO y el LADRÓN CUARTO.)

LADRÓN TERCERO.

¡Oh, qué bien que lo cogiste! Á fe que eres ladrón de fama. ¿Quién pensara que se los había de sacar del pecho!

LADRÓN CUARTO.

Pues eso es ser ladrón, sabello buscar; que si ello se viene, no hay que agradecer.

LADRÓN TERCERO.

Ahora, ¿qué le hemos de hacer para no caer en manos de la justicia?

LADRÓN CUARTO.

¿Qué? Que vaya vuesa merced allá al mesón y oiga lo que pasa, que el labrador dará cuenta á la justicia, ó si sospechan en nosotros, para que nos pongamos en cobro.

LADRÓN TERCERO.

Yo voy. Mire que me espere aquí.

HUÉSPED.

Señora, id en buen hora, que venís engañada, que estoy reventando. No me amohinéis más.

MADRE.

¡Miren qué hace la riqueza, qué soberbio que está! Pues con su pan se lo coma.

BOBO.

Aún no nos han dejado pan con que comello.

MADRE.

Señor mío, como lo han de llevar otras, llévelo este angelito.

BOBO.

Ya lo han llevado angelotes.

HUÉSPED.

¡Idos de aquí, mujer de los diablos, que perderé la paciencia!

MADRE.

Andacá, hija; déjalo, que no te faltará tu remedio. (Váase.)

BOBO.

Venga acá: ¿por qué envía esta gente desconsolada? ¿Por qué no cumple el testamento?

HUÉSPED.

Mozo, ¿quieres que te mate?

BOBO.

Calle: ¿qué amigo está de matar! ¿Quiere ser mi albacea también?

HUÉSPED.

Yo no sé qué me hago. Yo me he de tornar loco. Oyete, traidor.

BOBO.

Venga acá, que le tenía por más sabido que Vergillos, y no ha dado en un punto para que no pierda nada.

HUÉSPED.

¡Cómo, hijo mío! ¿Sabes tú algún remedio para cobrar lo perdido?

BOBO.

Sí, calle, no lo diga á nadie. Venga acá: allí dice Luis Fernando en una cláusula de su testamento, que todas las deudas que parecieren por sus libros que debe se paguen de sus bienes.

HUÉSPED.

Es verdad, hijo mío; pues ¿qué haremos?

BOBO.

Pues no tiene más de her que coger los recados y ir á cobrar de los albaceas.

HUÉSPED.

¡Aquí se acaba la paciencia! Dame un palo para este asno que fisga de mí. ¡Fuera!

<sup>1</sup> Bib. Nac. Manuscrito 17.245. Contiene: la comedia titulada *La dama fregona ó Lupecia constante*, el entremés que aquí se copia, dos loas y tres sonetos. Según lo que dice al final, parece que el verdadero título del entremés es *Los ladrones burlados*. Martín de Santander era cómico y autor ó jefe de compañía, por lo cual no es seguro que sean de su composición las piezas referidas, pues solían los recitantes poner su nombre en trabajos ajenos para indicar que era de su propiedad la obra, aunque de su invención. Sin embargo, consta que Santander compuso alguna otra, y lo que dice al final, si no es cosa del copiante, tiende á confirmar la creencia de que le pertenece esta breve pieza entremesil.

LADRÓN CUARTO.

Sí haré; vaya.

*(Váse el LADRÓN TERCERO y sale el LADRÓN SEGUNDO vestido de pobre y cojo.)*

LADRÓN SEGUNDO.

¡Á este pobre hombre, por amor de Dios!  
¡Ay, pobre de mí!

LADRÓN CUARTO.

¡Válasme Dios, los pobres que hay en este lugar!

LADRÓN SEGUNDO.

¡Á este pobre!...

LADRÓN CUARTO.

No tengo que daros; perdonad, que no llevo trocado.

*Sale el LADRÓN PRIMERO.*

LADRÓN PRIMERO.

Señor, vuesa merced se ponga en cobro y mire que le andan á buscar, porque dicen que ha hurtado dos mil reales, y ándale á buscar la justicia.

LADRÓN CUARTO.

¿Á mí, señor? No lo crea.

LADRÓN PRIMERO.

Á mí la buena conciencia me mueve. *(Váse.)*

LADRÓN CUARTO.

No sé, por Dios, qué me haga. Quizá que es verdad que viene á buscarme. No sé adónde esconda este dinero, porque no me hallen con él. Quiero dárselo á este pobre que me lo guarde. ¡Hola, hermano! ¿Quereisime guardar un bolsón de dineros mientras que me llevo á una casa?

LADRÓN SEGUNDO.

No querría encargarme de cosa ajena.

LADRÓN CUARTO.

¡Ea!, que yo os daré un doblón.

LADRÓN SEGUNDO.

Venga.

LADRÓN CUARTO.

¿No sois cojo?

LADRÓN SEGUNDO.

Y manco y perlático.

LADRÓN CUARTO.

*(Si es cojo, á cuatro pasos le alcanzaré si se va.) (Váse el LADRÓN CUARTO.)*

LADRÓN SEGUNDO.

¡Ah *dulcem pecuniam!* ¿Este es ladrón y ladrón de fama? ¡Viva tal ladrón!*(Váse y sale el LADRÓN CUARTO.)*

LADRÓN CUARTO.

No parece persona. ¡Hola, hermano; hola, hermano! ¡Hola! ¡Ah, hermano! ¿Qué es déli?

*Sale el LADRÓN TERCERO.*

LADRÓN TERCERO.

¿Qué buscáis, qué tenéis?

LADRÓN CUARTO.

¡Hola, hermano! ¿Habéis visto por ahí un pobre?

LADRÓN TERCERO.

¿Mas que le han hurtado el dinero?

LADRÓN CUARTO.

Así es. Llegó aquí un hombre y dijo que la justicia me andaba á buscar; díselo á un hombre que estaba aquí que me lo guardase, y fui á vello y cuando volví no parece.

LADRÓN TERCERO.

Ya he caído en lo que es. Sabed que los aragoneses estaban agora alabándose de que os habían hurtado el dinero y que habían de llevar unas mujeres á su posada: hay gran bairanda.

LADRÓN CUARTO.

Así, pues, toque esa mano, y si no lo pusiere en ella... Venga, venga.

*(Váanse y salen LADRÓN PRIMERO y LADRÓN SEGUNDO.)*

LADRÓN PRIMERO.

¿Qué te parece?

LADRÓN SEGUNDO.

Que si han de venir esas mujeres, que gastemos largamente.

LADRÓN PRIMERO.

Muy bien decís. Id vos por colación mientras yo voy por otras cosas.

*(Dice una MUJER de adentro):*

MUJER.

Señores, aquí buscan á vuestas mercedes dos mujeres.

LADRÓN PRIMERO.

Ellas son. Entren, señoras.

*Salen LADRÓN TERCERO y LADRÓN CUARTO con mantos.*

LADRÓN SEGUNDO.

¡Oh, qué buen talle tienen!

LADRÓN PRIMERO.

Corré donde os he dicho.

LADRÓN SEGUNDO.

Ya voy. *(Váse.)*

LADRÓN PRIMERO.

Quédense vuestas mercedes aquí, que luego vengo, y tomen de ahí lo que quisieren. *(Váse.)*

LADRÓN TERCERO.

Ahora que se han ido, entra en ese aposento y no dejéis cosa: hasta los zapatos viejos.

*(Entra, y sale la MUJER y el LADRÓN CUARTO.)*

LADRÓN CUARTO.

Lo primero topé con el bolsón.

MUJER.

¿Qué es esto? ¿Hombres en mi casa vestidos de mujeres?

LADRÓN TERCERO.

Sepa que somos ladrones.

MUJER.

¿Ladrones?

LADRÓN CUARTO.

Y muy grandes, y los güéspedes que tiene por hombres honrados lo son también, y ellos nos habían hurtado dos mil reales.

MUJER.

¿En verdad que no son sino hombres honrados!

LADRÓN TERCERO.

Y mucho.

LADRÓN CUARTO.

Señora, ellos nos los habían hurtado y nosotros se los volvemos á hurtar.

MUJER.

¿Hay tal maldad? ¡Justicia!

LADRÓN CUARTO.

Sosiegue, señora, y dígales á sus güéspedes que camino de Toledo vamos, que allá los esperamos.

MUJER.

No han de salir de aquí hasta que vengan.

LADRÓN TERCERO.

¡Afuera, que la pasaré!

LADRÓN CUARTO.

¡Ea, vete, mujer, que!...

MUJER.

¡Justicia!

LADRÓN TERCERO.

¡Huyamos!

LADRÓN CUARTO.

Vaya. *(Éntranse corriendo y dando voces.)**Aquí se acaba el entremés de LOS LADRONES BURLADOS. Santander lo hizo en Madrid, año 1599. Sacóse este traslado el año de 1607.*

## 21

XII.—Entremés sin título.<sup>1</sup>

ÁGUEDA.

Beso las manos de vuestas mercedes, que luego vuelvo; mas no será razón que yo deje á vuestas mercedes á solas, porque siendo gente tan honrada no es razón dejalles con la palabra en la boca, aunque no sea sino por aquel re-

<sup>1</sup> Bib. Nac. Manuscrito en cinco hojas, folio; letra de principios del siglo XVII. Signatura T.-1-7. Falta la lista de personajes, que son: ÁGUEDA; SACRISTÁN; AMA; LICENCIADO MOSQUETE; PABLOS, simple; UN GENTILHOMBRE; UN ALGUACIL y CORCHETES.

frán que dicen: «Arrímate á los buenos, y serás uno dellos». Vuestas mercedes no me conocen, no deben conocerme; ¿no?, pues yo se lo diré y sabrán que soy Agueda de Aguirre, la desdichada, que así se puede llamar, la que siempre anda á soldada. Hija soy de una madre que, después de haber pasado su mocedad, hacía nacer ber[r]os en una artesa, y no me quiero alargar más, que es sinnúmero las cosas que hacía en este siglo, pues yo le voy en zaga, que cierto que en mi mocedad no me faltaba nada, que siempre he tenido dos requiebros y cuatro y más cuando solía traer tiracuellos y copete; pero aunque agora no lo traigo, y especial y señaladamente un sacristán, que desde que le vide un día en la iglesia cantando el *asperges me, domine*, parece que me clavó el hisopo y no le puedo olvidar, porque luego puse por obra el tratar su amistad, y ha sido de manera que jamás sube á repicar las campanas, que en asiendo el badajo luego se acuerda de mí. Mas, velo, aquí viene, él es; quiérole dar traza cómo me saque desta casa y de servir.

SACRISTÁN.

Verdaderamente los hombres de mis prendas...

ÁGUEDA.

Beso las manos de mi señor sacristán Palomino.

SACRISTÁN.

¡Oh, Agueda de mi corazón! Norabuena te vea yo, vida mía; no hay en este mundo cosa que me dé más contento que tu buena vista, *vita mea*, que yo te prometo que jamás tengo reposo si no es cuando te veo, porque me tienes tan robado este corazón que no sé qué ha de ser de mí.

ÁGUEDA.

No vives, sacristán mío, engañado.

SACRISTÁN.

¡Oh qué «mío», y con qué dulzura!

ÁGUEDA.

Ahora bien, no es menester gastar tiempo; ve cómo estoy determinada de que me saques desta casa, y para ello es menester que esta noche á las once te vengas tañendo una guitarra para que sirva de seña, y yo tendré toda la ropa allegada y la cogeremos y nos iremos, que hoy mi señora ha allegado toda la ropa para que vaya á lavar al río y no haré más de cogerla y llevárnosla.

SACRISTÁN.

Mi vida, yo cualquiera cosa haré por ti; pero no quería que me saliera á las espaldas como calenturas á la boca.

ÁGUEDA.

Calla, que no nos sucederá, sino muy bien, y más poniendo tú las manos en ello.

SACRISTÁN.

Yo por ti cualquier cosa haré; pues que es

tu voluntad, yo lo haré: ordénalo como tú quisieres.

ÁGUEDA.

Pues alto; esto queda así. Ven á las once, como te he dicho.

SACRISTÁN.

Queda con Dios, que yo vendré á la hora dicha.

ÁGUEDA.

¿Vaste?

SACRISTÁN.

Sí.

ÁGUEDA.

Pues ¿no me abrazas?

SACRISTÁN.

Como iba pensando en este negocio, no me acordaba; pero toma para señal de lo concertado. *(Váse el SACRISTÁN.)*

ÁGUEDA.

Ve con Dios. Agora bien, manos á la obra, que Agueda es bienaventurada esta vez mediante mis amores.

*(Váse ÁGUEDA y entra su AMA de ÁGUEDA, diciendo lo siguiente):*

AMA.

¡Ay amor, amor, cómo pasas los corazones tan de repente! Y más á las mujeres, y especialmente como yo, que soy casada, que aunque es mi marido viejo, al fin es marido y honrado, y yo también, que he menester mirar por la honra. Pero tiéneme tan atravesado mi corazón el sacristán Palomino, que no lo puedo disimular; y lo malo que hay en este negocio es que es el sacristán Palomino amigo de Agueda, mi criada, y por esto no me podré descubrir á ella lo mucho que lo quiero, y todos mis amores han procedido de lo mucho que Agueda me cuenta que hace con ella. Yo no sé á quién me descubra; [á] un mozo simple [que] tengo no es cosa, que se lo irá á decir al licenciado Mosquete, mi marido; no sé qué me haga en este negocio. Si hubiese por ahí alguien que fuese tercero en esto, se lo pagaría muy bien; pero ya se me ofrece como yo me pueda ver con mi sacristán de mi vida. Él ha de venir esta noche, á las once, según me ha dicho Pablos, mi criado, que viene cada noche; yo me tengo de disfrazar de manera que no me conosca y fingir que soy Agueda, y desta manera podré holgarme y sin perjuicio de mi honra; porque él pensará que soy Agueda, y más que mi marido, el licenciado Mosquete, está hasta media noche en el estudio y es más aparejo para hacer lo que yo pretendo; pues yo me determino de hacerlo así. Alto; ayúdame, amor, pues tú me heriste.

*(Éntrase el AMA y sale su marido el LICENCIADO MOSQUETE, y PABLOS, simple, su mozo, y dicen así):*

LICENCIADO.

Anda, hijo mío, eso sí; mira bien por mi honra, dime lo que pasa.

PABLOS.

Eso ya se lo diré á su merced todo como pasa.

LICENCIADO.

Dímelo, hijo, y la verdad de todo, que yo te prometo que ha de haber sangre de por medio, que no se ha de consentir tal en mi casa, aunque sea mi criada, que deso aprenderá mi mujer.

PABLOS.

No haya miedo que mi ama aprienda de Agueda...

LICENCIADO.

Yo así lo entiendo; porque mi mujer es mujer honrada.

PABLOS.

Mas antes dice Agueda que ha aprendido de nuesa ama todo lo que sabe.

LICENCIADO.

¡Calla, desvergonzado! Dime de presto lo que pasa.

PABLOS.

Sepa su merced que Agueda...

LICENCIADO.

Así, hijo, di la verdad.

PABLOS.

Sepa que es Agueda demonio, y no quijese que nos oyere, porque luego me pela las barbas y dice que me ha de quemar la boca con un pimiento.

LICENCIADO.

No hayas miedo, di lo que sabes.

PABLOS.

Sepa que el sacristán viene cada noche á las once á casa y se meten en la sala del patio y no hacen sino resollar y luego se va.

LICENCIADO.

¿Qué, es verdad eso? ¡Es posible!

PABLOS.

Lo que oye su merced es.

LICENCIADO.

Yo no lo puedo creer si no lo veo, porque si es así no estará más en compañía de doña Costanza, y el sacristán me lo ha de pagar muy bien por el quebrantamiento de la casa.

PABLOS.

Sepa que todo se puede creer de aquélla, porque es la mayor golosa que se puede imaginar, y no dará nada si la ahorcan.

LICENCIADO.

Agora bien, hijo Pablos; esto es menester remediar, que no quiero malas mujeres en mi casa.

PABLOS.

Sepa su merced que esta Agueda, que es mala, y ella se hará maleta, y si no lo remedia esto con tiempo, otro día se descoserá.

LICENCIADO.

Agora bien, hijo; este negocio es menester ver y creer, como Santo Tomás.

PABLOS.

Eso sí; vello por los ojos primero; quizá veremos más de lo que pensábamos.

LICENCIADO.

Agora bien; ello ha de ser desta manera; que ya has visto aquellos paños que están para llevar al río.

PABLOS.

Aquellos líos de ropa, dirá.

LICENCIADO.

Sí. Pues tú has de hacer una cosa como hombre. Y ¿has de hacer lo que yo te dijere?

PABLOS.

Sí; diga su merced cómo lo tengo de her, que él verá cómo lo pongo del lodo todo.

LICENCIADO.

Mira, tú; te tengo de envolver como lío de ropa, y yo, ni más ni menos; y tendremos dos palos, y en entrando el sacristán en casa le moleremos á palos, de manera que no vuelva más acá.

PABLOS.

Eso no haré yo.

LICENCIADO.

¿Por qué?

PABLOS.

¿Por qué? Yo se lo diré. ¿Yo me pondré como lío; la ropa está para llevar al río para lavar; llevarme han y echarme han en remojo, y empezar han á traquearme en una piedra, y desharánme las costillas? Yo no lo puedo hacer.

LICENCIADO.

Que no ha de pasar tanto tiempo como eso; que luego hemos de salir y moler á palos al sacristán.

PABLOS.

Ea, pues si es así, haga su merced lo que fuere servido, que yo le ayudaré, aunque no sea sino por vengarme en el sacristán, que cada vez que voy á tomar agua bendita me zampuza de cabeza en la pila.

LICENCIADO.

Pues desa manera vengarte has dél.

*(Sacan un costal y una sábana y meten á PABLOS, el simple, en el costal, y mételo allá dentro, y envuélvese el LICENCIADO en otra sábana y pónese allá dentro esperando al SACRISTÁN, y párase á la ventana el AMA, mujer del LICENCIADO, á esperar al SACRISTÁN, y dice así):*

AMA.

Desde aquí quiero esperar á mi sacristán, que yo entiendo que vendrá esta noche; y vengo tan disfrazada, que él ha de entender que soy Agueda. Mas oigo ruido; él debe de ser.

SACRISTÁN.

Soy el hombre más desdichado del mundo, que he andado á buscar una guitarra para llevar y no la he hallado. No sé cómo haga la seña, pero si mal veo, que debe de ser aquella que está á la ventana. Sí, ella es. Quiero llegarme allá. ¡Ah, reina mía! ¿Sois vos, mi vida?

AMA.

¿Es la lumbre de mis ojos?

SACRISTÁN.

¡Con la terneza que me habla! Sí, yo soy, señora Agueda de Aguirre. ¿Heme tardado? ¿Es hora?

AMA.

Ya ha rato que estoy aguardando aquí.

SACRISTÁN.

¿Está todo aparejado y la ropa junta?

AMA.

Sin duda tienen concertado algo; quiero concedelle. Todo está ya junto.

SACRISTÁN.

Pues empezá á echar.

AMA.

No quería tan presto, porque mi ama está todavía por acostar.

SACRISTÁN.

Pues aguardaré un poco.

AMA.

Pues ven acá dentro, por amor de el sereno y porque andan capeadores.

SACRISTÁN.

Sea enhorabuena; abríme y ved que esté vuestro amo durmiendo.

AMA.

En el estudio está con mi señora y Pablos, el simple. Bien podéis entrar seguro y venos tras de mí.

*(Baja el ama y váse con el SACRISTÁN á la cama, y sale ÁGUEDA á esperar al SACRISTÁN, y dice así):*

ÁGUEDA.

Ya me parece que son las once; ya no puede tardar mi sacristán para efectuar nuestra idea; y aunque no me engaño, este es, según la seña de la guitarra; y viene á buen tiempo, que mi señora está en la cama durmiendo y mi señor está en el estudio. *(Sale uno con una guitarra cantando unas folias por la calle adelante.)* ¡Ce, ce! ¿Es el bien de mi vida? ¡Ce, ce! ¡Ah! ¿Señor Palomino?

GENTILHOMBRE.

¿Qué Palomino? Con otro debe de hablar, que no conmigo.

ÁGUEDA.

¡Ce!, mi alma. ¿Es hora?

GENTILHOMBRE.

Sin duda ésta espera á otro, y debe de en-

tender que soy yo; quiero llegarme y hablalle y fingir que soy el que ella espera. Señora, hora es, vedlo; ¿qué mandáis? (*Baja AGUEDA con la ropa y dádsela.*)

ÁGUEDA.

Ea, ayúdeme, que he aquí la ropa toda.

GENTILHOMBRE.

¡Santo Dios! ¿Qué esto? Ropa es; ¡ánimo!, que yo soy de buena ventura.

ÁGUEDA.

He aquí, señor Palomino, toda la ropa que hay en casa. (Parece que no le conozco.) Bueno, es el disfraz.

GENTILHOMBRE.

Todo es menester para semejante negocio.

ÁGUEDA.

Pues norabuena; vámonos luego, antes que seamos sentidos.

GENTILHOMBRE.

¡Amargo de mí, que allá ha de ir ella! Ahora bien; quíerole decir que entre por más, para irme yo con esta ropa. Señora de mis ojos, ¿no hay más ropa en casa?

ÁGUEDA.

No, señor, no hay más.

GENTILHOMBRE.

¿Ninguna?

ÁGUEDA.

En verdad que no queda otra cosa si no es la cama.

GENTILHOMBRE.

Pues tráigala, y envuelva sábanas y frezadas; y si pudiere, colchones, porque durmamos en blando esta noche.

ÁGUEDA.

Pues señor; yo voy por las sábanas y frezadas, que no habéis apuntado mal; yo voy.

(*Éntrase AGUEDA y váse el GENTILHOMBRE y empieza á tirar de los lios para llevarse los, y sale un ALGUACIL y corchetes, con sus espadas y prendenlo, y dice el ALGUACIL así:*)

ALGUACIL.

¿Qué gente? ¡Sed preso! ¡Teneos al rey! ¿Qué ropa es ésta? Vos ladrón sois.

GENTILHOMBRE.

Suplícole á vuesa merced me trate bien, que soy hombre honrado. (*Empiézase á turbar.*)

ALGUACIL.

Ahora bien; desate estos lios, que quiero ver qué ropa es ésta.

(*Desatan los lios y hallan dentro á PABLOS, simple, y al LICENCIADO; quitában las espadas y prendenles, y dice el ALGUACIL qué que hacen allí. Turbase el simple y el amo, y sale AGUEDA con el lio de las frezadas, y envuelto en ellas al SACRISTÁN y su AMA. El ALGUACIL coge á la moza y desenvuelve el lio, y halla al SACRISTÁN y al AMA, y qué-danse santiguando, y su marido mirándola, y habla PABLOS con ellos:*)

PABLOS.

¡San Juan y Corpus Criste en un día! ¡Oh,

hi de puta, Palomino! ¿Estábades anidando? (*Habla con su amo PABLOS.*) Esto me diga que es ver y creer.

ALGUACIL.

Agora bien; de todo esto es menester dar noticia al corregidor. Agora ¡sus!, todos han de ir á la cárcel, asidos; vayan á la cárcel.

(*Empiezan á asilles á todos, y asen al simple, y dicen que vaya á la cárcel, y dánle rempujones. Dice PABLOS: «Pues iremos; no rempujes, corchete ruin.» Dale otro rempujón, y el arremete á un corchete y quitale el espada y empieza á dallas, y ellos á defenderse, y desta manera se entra allá.*)

## 22

### XIII.—Entremés de las Gorronas.<sup>1</sup>

SON FIGURAS [LAS] SIGUIENTES:

VILCHES, galán de Paula.	PEÑAFLOR.
LUENGO, su amigo.	PAULA.
MACHADO.	DOMINGA.
QUINTERO.	AGUSTINA.
ROSALES.	LUISA.
OJALVO.	JUSTA.
JUÁREZ.	CLARA, gorronas.

PAULA. ¿Qué me quiere este gorrón?  
¡Aquí de Dios! Déjeme.  
Señor Luengo, téngale.  
LUENGO. Vilches, no tenéis razón,  
que si Paula habló con otro  
y lo visteis vos...

(*Pone VILCHES el dedo al ojo.*)

PAULA. No hay tal;  
aunque más haga señal,  
miente.

VILCHES. Peor es esotro.  
¡Fuera!

PAULA. Deténgale, Luengo.

LUENGO. Vilches, si no os detenéis,  
¡vive Dios! que me enojéis.

VILCHES. Pues, alto; yo me detengo.

LUENGO. No porque no estén en casa  
sus amos, habéis de dar  
gritos y que murmurar  
en el barrio lo que pasa;  
y para haber confesado  
la Pascua y haber salido  
de Cuaresma arrepentido  
de haber vivido en pecado,  
llegar agora á pedilla  
celos, es dar á entender  
que por volver á ofender  
á Dios, buscáis esta asilla.

VILCHES. ¡Ay de mí! (*Llora VILCHES.*)

LUENGO. ¿Comenzáis ya?

VILCHES. He sido un gran pecador.

PAULA. ¡Qué contrito está el señor!

VILCHES. Dios le haga santo.

VILCHES. No hará,

porque mientras fueres mala,

me ha de llevar Barrabás;

<sup>1</sup> Bib. Nac. Manuscrito suelto de ocho hojas, letra de principios del siglo XVII. Signatura 15.603.

pero, ¡cruel! ¿por qué das en ser mi Sardanapala, que me los pone y los veo? ¡Aquí de Dios, que me cayo! ¡Jesús, Jesús! (*Tiéndese en tierra.*)

LUENGO. ¿Es desmayo?  
VILCHES. Sí; ¿no véis que pataleo?  
PAULA. ¡Cuitada de mí!, ¿qué es esto?  
Yo voy por agua.

LUENGO. Imagino  
que es mejor que traigas vino.  
PAULA. Vino será. (*Váse PAULA.*)

VILCHES. Y que sea presto.  
LUENGO. Venga, hablador. Y pues bien,  
¿de qué ha de servir lo hecho?

VILCHES. De conocer á ésta el pecho  
y ver su amor y desdén,  
y cuando no le saquemos  
la verdad, porque á otro quiere,  
el vino que nos trujere  
por lo menos beberemos.

(*Salen PAULA con una redoma de vino.*)

PAULA. ¿Ha vuelto en sí?  
LUENGO. Todavía  
está sin sentido.

PAULA. Toma,  
Luengo amigo, esta redoma.  
LUENGO. No es malo, por vida mía. (*Bebe luego.*)

PAULA. ¡Que á mí me faltara el tino  
para volalle la cara!

(*Llora PAULA sobre VILCHES, y levanta la cabeza VILCHES.*)

VILCHES. Luengo, Paulilla á la clara  
es buena.

LUENGO. Mejor el vino.

PAULA. ¡Vilches! ¡Ah, mi licenciado!

LUENGO. ¡Ah, mi oidor! ¡Ah, mi estudiante!

VILCHES. Calla, que el vino es bastante  
para dar vida á un finado.

PAULA. Echale más.

LUENGO. No me atrevo,  
que es pecado derramallo;  
vale una gota un caballo.

PAULA. Ya se mueve. (*Echale vino en el rostro.*)

LUENGO. Pues yo bebo.

VILCHES. ¡Jesús, Jesús!, denme á beber.

LUENGO. Veslo aquí blanco y añejo.

VILCHES. Este es del Colegio Viejo.

LUENGO. ¡Qué famoso conocer!

VILCHES. Pregunto, ¿sabe á la pez?

LUENGO. No estoy de burlas agora.

VILCHES. ¡Mi bien!

VILCHES. ¿Qué quieres, traidora,  
que me has muerto? Vengá otra vez.

LUENGO. Poco la redoma tiene,  
mas vos dejaréis un trago.

VILCHES. Desta vez hay grande estrago  
si es tu amo éste que viene.

PAULA. ¡Ay, triste!<sup>1</sup>

LUENGO. ¿Dónde nos esconderemos?

PAULA. En la carbonera.

VILCHES. Entremos.

<sup>1</sup> Falta lo demás del verso, que tal vez sería:

¡Ay triste! Por allí asoma.

PAULA. ¿Dónde vas?  
VILCHES. Por la redoma.

(*Hace ruido MACHADO adentro y levántanse todos espantados, y después de haberse entrado huyendo, salga por la lieta.*)

MACHADO.

Paula, que de mi infierno eres espes,  
porque es tal como es tu usado mos  
que destos ojos bañe húmedo ros  
mi rostro feo porque bella es.

Yo estimo más que el oro, plata y aes  
una sola palabra de tu os,  
y en un punto por ti la carne y os  
temblando están de la cabeza al pes.

Terribles, Paula, son las peñas quas  
de día y noche no una vez ó bis,  
más diez y ciento y mill á mi alma das.

Cánsate ya de matarme y así vis  
y no hables más con Vilches, que no es fas,  
que de Machado amanticida sis.

VILCHES. ¡Oh, amanticida bellaco!  
¡Oh, cruel amanticida!  
Soltadme.

(*Por huir MACHADO deja el ferreruelo.*)

PAULA. Yo soy perdida.  
VILCHES. ¿Cómo el alma no te saco?  
¿Cómo, ya que se escapó  
de mi furia aquel gorrón,  
no te saco el corazón?

LUENGO. Eso no.  
VILCHES. ¡Perra, sarnosa, enemiga,  
libidinosa, desleal!  
¡Ah, quién trujera un puñal  
que hincarte por la barriga!

PAULA. Pregunto agora, pues, yo:  
¿qués lo que vió ó que barrunta?  
VILCHES. ¡Ay, ay, que me lo pregunta!  
Soltadme, Luengo.

LUENGO. Eso no.  
PAULA. ¿Qué piensas que se me da  
que lo sueltas ó que lo ate  
ni quel diablo lo arrebató?  
Para que acabemos ya  
y no aguardes de mi boca  
más satisfacción que ésta,  
ni me pida otra respuesta,  
que le daré un tapaboca,  
porque de lo que no vió  
más no sospeche otra vez.

VILCHES. ¿A mí un tapaboca?  
PAULA. Y diez.  
VILCHES. Soltadme, Luengo.

LUENGO. Eso no.  
VILCHES. ¿Tapaboca á mí, fregona?

PAULA. Pícaro, bien sabéis vos  
que os he dado más de dos  
y que os haré esta mamona.

VILCHES. ¡Ay, ay!  
PAULA. Quédese el infame.

VILCHES. Soltadme, Luengo.

LUENGO. Ya os suelto  
y os podéis lamer, que suelto  
el buey dicen que se lame.

VILCHES. Cerró la puerta. Abre aquí,  
hija de una cobertera.

LUENGO. Evangelio.

VILCHES. ¿Esta no era  
de mi ribaldo?

LUENGO. Así, así.  
De aquesta no se le escapa;  
veré lo que yo no ignoro...

VILCHES. ¿Qué no ignoráis?

LUENGO. Que sois toro,  
pues os vengáis en la capa.

(Váanse y sale AGUSTINA por una puerta y DOMINGA por otra.)

DOMINGA.  
Norabuena te vea yo, mis ojos.

AGUSTINA.  
Guárdete Dios, Dominga; ¿dónde bueno?

DOMINGA.  
Á la plaza derecha; ¿y tú, Agustina?

AGUSTINA.  
También voy á la plaza, porque tengo  
de ir á la tarde al Teso, me doy prisa  
de acabar las haciendas de mi casa  
antes de medio día, y así vengo  
á comprar ensalada.

DOMINGA.  
Yo unos rábanos  
he de llevar no más.

AGUSTINA.  
Muy pocas veces  
me los mandan traer, porque mi viejo  
no los quiere comer, que es enfadoso,  
y siempre pone falta en lo que traigo.

DOMINGA.  
No todas, Agustina, tienen mano  
en saber escogellos, que si el rábano  
no es trasluciente, largo, y colorado  
y pica un poco, no vale ni aun esto.  
Yo los llevo á mi casa desta suerte,  
y mis amas las mozas y la vieja  
nenguna noche dejan de comellos.

AGUSTINA.  
Dichosa tú, Dominga, ya que sirves,  
de servir una casa tan honrada  
y estar en compañía desas damas.

DOMINGA.  
Bien puedes con razón tenerme envidia,  
porque no hay casa en toda Salamanca  
mejor para servir. Mi seora doña Ana  
tiene la condición de un pajarito;  
mi seora doña Isabel es un buen tiempo;  
pues mi seora doña Antonia es una bestia,  
no tiene más malicia que un pollino.

AGUSTINA.  
Gente siento.

DOMINGA.  
¿Quién es?

AGUSTINA.  
Dos son; Quintero  
el uno, y no conozco el compañero.

Salen QUINTERO y MACHADO.

QUINT. ¿Son ellas?

MACHADO. Sí.

QUINT. En vuestra busca  
más ha de un hora que andamos,  
y no es poca dicha nuestra  
haberos juntas hallado;  
por eso escuchad entrambas.

DOMINGA. Por mí digo que escuchamos.  
QUINT. Dejando, pues, circunloquios,  
vamos á lo que hace al caso.

Las dos habéis de sacar  
á Paula esta tarde al campo  
y persuadilla á que pague  
la voluntad á este hidalgo,  
questá por ella perdido,  
y es hombre que más de cuatro  
no tienen tanto que dalle  
como él y que sabe dallo.

AGUSTINA. Lo que es convidar á Paula  
no es difícil, pero un trasgo  
se atreva á enojar á Vilches,  
ques sumi-daga de ganchos.  
QUINT. Ya la dejó Vilches.

DOMINGA. ¿Cómo?

QUINT. En aqueste punto acabo  
de saber que Paula y Vilches  
riñeron y la ha dejado.  
Esta es verdad y la afirmo,  
porque yendo en casa el amo  
de Paula á cobrar la capa  
que allí se dejó Machado,  
ella me lo contó todo;  
y no lo creyera tanto  
á no saber juntamente  
que Vilches se hace ermitaño.

AGUSTINA. ¡Ermitaño! ¿De qué suerte?

QUINT. Vos lo diré, ques el caso  
entre los que en Salamanca  
suceden extraordinarios.  
Llegó al extremo de celos  
que no llegara un borracho,  
pues quiso ahorcarse y tuvo  
la cuerda ya sobre un palo,  
á tiempo que pudo Luengo  
á su pesar estorballo,  
y á él, por su infame hazaña,  
con un parlamento largo;  
por lo cual el auditorio  
y el predicador, que entrambos  
se arrepintieron entonces  
de veras de sus pecados,  
determinaron huir  
luego deste mundo malo  
y recogerse en un monte  
con hábito de ermitaños,  
y es la determinación  
tal, que en la calle Serranos  
dejo á Luengo en este punto  
questá comprando los hábitos.

AGUSTINA. Para ellos será el provecho:  
hágalos Dios unos santos,  
como no traigan vigilia,  
que harta cuaresma ayunamos.

DOMINGA. Dios sabe, hermana Agustina,  
como yo hiciera otro tanto.

AGUSTINA. Estás tú muy convertida.

DOMINGA. No hablaré más con bellacos.  
MACHADO. Aun bien que *nobiscum* hablas,  
que señal *quod non intramus*  
*in numero bellacorum.*

AGUSTINA. ¡Oigan, que hablan latinajos!

MACHADO. *Maestine Agustina muchi.*

AGUSTINA. Pues agora no me espanto  
que lo aborrezca Paulilla,  
que es enemiga de adagios.  
Mire, nunca con nosotras  
gaste latín, sino cuartos,  
que un *toma* vale en la plaza  
más que en escuelas un *dabo*.

MACHADO. Yo daré, pues, las albricias  
*quod volueritis.*

QUINT. Otro asno:  
no habléis más, por vida mía.

MACHADO. *Si convenit iis taceo.*

QUINT. Lo dicho, dicho. Agustina,  
Dominga, en esto quedamos.

DOMINGA. Digo que te serviremos.

QUINT. Yo llevaré allá á fulano  
y habrá sonaja y pandero.

AGUSTINA. Pues haya y tiéndase el trapo.

MACHADO. ¿Qué Paula irá allá sin falta?

AGUSTINA. *Etiam, domine.*

MACHADO. *Ego parto,*  
*per meriendam.*

QUINT. Yo á mi casa,  
que querrán comer mis amos.

AGUSTINA. Yo por mi ensalada.

DOMINGA. Y yo  
por mi ochavico de rábanos. (Vánse.)

Salen OJALVO y JUÁREZ.

OJALVO.  
Buen día para campo.

JUÁREZ.  
No lo he visto  
mejor en la Salamanca ó sala-coja.

OJALVO.  
Yo apostaré que no queda escolástico  
sin pasar hoy la puente á ver las márgenes  
del humilde Zurguén, por esto célebres  
más que otros ríos de corrientes rápidas.

JUÁREZ.  
Pues mujeres no habrá desde las principas  
de arandelas y coche hasta las fámulas:  
más pasarán que en una armada hay flámulas.

Salen ROSALES y PEÑAFIEL.

PEÑAFIEL.  
Por Paulilla me pesa, ques amiga  
de Dominga, y la pobre queda sola.

ROSALES.  
No tan sola que ya no tiene arrimo  
de un estudiante médico navarro,  
ques quien hoy hace el gasto que os he dicho.

JUÁREZ.  
¿Peñafiel y Rosales? <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Verso incompleto. Quizá dijese:  
Peñafiel y Rosales, son aquellos.

Hablémosles. OJALVO.

JUÁREZ.  
Hablemos.

ROSALES.  
¿Qué hay, *gorrisime*?

JUÁREZ.  
En buena mano está, príncipes míos.

ROSALES.  
¿Dónde bueno?

JUÁREZ.  
Á pasar, como hacen todos,  
las aguas, y mirar cómo se hacen  
las amistades de las pecatrices.

PEÑAFIEL.  
Eres, Juarillo, redomado y sabes  
el uso de la tierra.

JUÁREZ.  
Y sé más que eso;  
la conversión de Vilches y el concierto  
de Quintero, y el gasto dese pobre  
que pretende á Paulilla.

ROSALES.  
¿Eres el diablo,  
que lo hubiste de oler?

OJALVO.  
Quedo, que siento  
ruido de gorrondas.

JUÁREZ.  
En las voces  
son Luisilla y Dominga.

PEÑAFIEL.  
Bien conoces.

Salgan PAULA, DOMINGA y AGUSTINA, LUISA, JUSTA, CLARA  
y QUINTERO, cantando y respondiendo á ellas.

QUINTERO.  
«¿Do van las gorrondas con tanto brío?»

ELLAS.  
Span y catorce, á lavar al río.»

QUINTERO.  
Acoto este lugar para vosotras.

JUSTA.  
¡Mal haya yo, si aunque la reina venga,  
me levante dél!

LUISA.  
El campo, amigas,  
es de quien lo ocupare, y este día  
terná mejor lugar el que tuviere  
mejor que merendar.

QUINTERO.  
¿Merendar dices?  
Quedo, que puede ser que yerre el puesto  
el muchacho que viene con la cesta,  
y nos la pesque alguno.

CLARA.  
Buen remedio;  
aguardabn la puente.

QUINTERO.  
Bien has dicho.

JUÁREZ.  
Solas es.

ROSALES.  
Lleguemos.

CLARA.  
¿No es Angulo?

JUSTA.  
Clara, tusales.

LUISA.  
Justa, Juárez.

JUSTA.  
Juárez, Agustina.

DOMINGA.  
Luisa, Pfiel.

LUISA.  
Dominga, Ojalvo.

JUSTA.  
Cubrámós, á ver si nos conocen.

OJALVO.  
Ninfas dTormes.

ROSALES.  
Gorras de mi alma,  
dichas gonas, porque con gorradas,  
no más derretís á quien os pringa.

JUÁREZ.  
¿Son tornos? Quitaos acá, diablo,  
que lo eis á perder. Gorrondas más,  
damas dábito corto, cuyos rostros  
eran dig de mantos y arandelas,  
y por vuros donaires meritorios  
de un d y de otro dón, y siete dones.

AGUSTINA.  
Doña Dnga, gracia tiene el hombre.

DOMINGA.  
Doña Aña, no me lo parece.

AGUSTINA.  
Dígalo da Paula.

PAULA.  
Doña Justa  
lo podrántenciar.

JUSTA.  
Doña Luisa  
lo podrácir.

LUISA.  
Doña Clarita,  
decildo .

JUSTA.  
Decildo, doña Clara.

CLARA.  
Hable doña Quiteria.

OJALVO.  
Damas tollos:  
¿mas que si cojo un borceguí, que á todas  
las muelo á azotes?

DOMINGA.  
¿Miren el grosero!

LUISA.  
¿No fuera gorrón él!

JUSTA.  
¿Han visto el sucio!

AGUSTINA.  
Váyanse de ahí los torpes.

JUÁREZ.  
No queremos.

PAULA.  
Á fe que si ellos fueran caballeros,  
no fueran con las damas descorteses.

DOMINGA.  
Señora doña Paula, no les hable  
vesté, ques peor.

ROSALES.  
¿Válgame el cielo!

CLARA.  
¿Hola, escuderos!

OJALVO.  
¿Vítor treinta veces!

ROSALES.  
Clarilla, ¡vítor!

ROSALES.  
No; ¡vítore todas!  
porque han tenido treinta mill donaires.

TODOS.  
¿Vítore las gorrondas! *(Levántanlas en los brazos.)*

CLARA.  
Callá, locos,  
que alborotáis el campo.

JUÁREZ.  
Seora Luisa,  
¿era tiempo de vernos?

JUSTA.  
Era tiempo,  
seor Juárez.

JUÁREZ.  
Dame aquesos brazos.

AGUSTINA.  
Accipe, gorrón mío.

OJALVO.  
Quedo, quedo,  
que no es bien que ninguno por la mano  
nos gane los abrazos; pues las tantas  
tienen nuestros tantos, en un punto  
nos abracemos.

JUSTA.  
Dijo bien.

LUISA.  
Sonóme,  
pero ¿qué se ha de hacer en este medio?

PEÑAFIEL.  
Divídase la gente en dos escuadras  
y dé Paula la seña de embestirnos.

PAULA.  
Á todo me hallaréis.

CLARA.  
Pues dividámonos.

PEÑAFIEL.  
Vaya de embestimiento.

TODOS.  
Vaya.

TODAS.  
Vaya.

PAULA.  
Á la una, á las dos, á la tercera.

*(Cuatro á una parte y cuatro á otra, y embistense.)*

JUSTA.  
Primero llegué yo.

AGUSTINA.  
Yo fuí primera.

OJALVO.  
Gorronda de mi alma.

DOMINGA.  
Gorrónsimo,  
tuya soy, *usque ad mortem.*

PAULA.  
¿Era éste tu propósito?

DOMINGA.  
No, Paula;  
mas si me coge un hombre de repente...

CLARA.  
¿Cómo puedo yo, triste...? ¡Ah malos hombres  
que así nos persiguen! Lléveme el diablo,  
que si no hubiera hombres en el mundo,  
fuera yo una santa.

AGUSTINA.  
Pues yo, pajas.

PAULA.  
Por eso, como aquél de la picina,  
no sé lo que me soy.

OJALVO.  
Cántese algo  
mientras llega la cesta dese hidalgo.

*(Cantan.)*

Riñen las gorrondas  
con sus galanes,

y al pasar de las aguas  
hacen las paces.  
Hay en Salamanca  
tantos estudiantes,  
que á la fama acuden  
marcas de mill partes,  
porque á las que sirven  
no puede faltarles  
gorrones de perlas,  
que se dan de balde.  
Míranse ellos y ellas,  
háblanse en las calles,  
y á pocas razones  
traban amistades.  
Llega la Cuaresma,  
ques quien las deshace;  
riñen sobre falso  
los finos amantes;  
duran los disgustos,  
querran gustos antes,  
hasta que en el *Teso*  
vuelven á encontrarse;  
pasan por aquesto,  
sin que falte á nadie  
la puente en domingo,  
*dominica in albis.*

*(Todos.)*

Y al pasar de las aguas  
hacen las paces.

*Salga QUINTERO.*

QUINT. ¿Oh nobles!  
JUÁREZ. ¿Qué hay, Quintero?  
OJALVO. ¿Qué de la merienda?  
QUINT. Al punto  
estará aquí todo junto,  
que ya en la puente lo dejo  
por veniros avisar  
que vienen Vilches y Luengo  
hechos ermitaños.

PAULA. Tengo  
de ver á Vilches pasar.  
LUISA. Vamos á vellos.  
CLARA. Vení.  
JUÁREZ. Mejor es que nos estemos  
aquí, y de aquí lo veremos.  
PAULA. Pues oidme.  
CLARA. Haráse así.

*(Habla PAULA de secreto con ellos.)*

*Salgan VILCHES y LUENGO de ermitaños.*

LUENGO. Hermano Vilches,  
VILCHES. Hermano.  
LUENGO. ¿Por qué parte hemos de echar  
ahora para llegar  
al monte y dejar el llano?  
VILCHES. El camino de Sevilla  
es éste; tomémosle.  
JUSTA. Yo bailo.  
PAULA. Yo lo haré.

*(Tocan las guitarras, y vuelven VILCHES la cabeza.)*

VILCHES. ¡Jesús!  
LUENGO. ¿Qué has visto?  
VILCHES. Á Paulilla.